



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO.

NUESTRAS ACTRICES

LUISA CALDERON.



Siempre pisa victoriosa
la escena del Español,
y es hermosa como un sol...
¡Caracoles, si es hermosa!

Art. de Brubn, Dedicados a y sacados de Madrid.

SUMARIO

TOMO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Lapsus, por José Estrada.—Penitencia, por Simón Delgado.—Vistas, por Manuel Matóses.—Clarito, por E. Segovia Rocaberti.—Requiescat in pace, por José Jacson Veyan.—Espectáculos, por Luis Miranda Borge.—¡A vivir!, por Joaquín del Barco.—Chismes y cuentos.—Anuncios.

GRABADOS: Luisa Calderón.—La muerte del Carnaval.—Tipos, por C. B.



El país se ha divertido mucho en estos días.

Hasta los tomadores organizaron su comparsa y salieron por ahí á dar bromas. En cuanto echaban el ojo á una buena cadena y suponían que podía estar unida en estrecho vínculo á un reloj de oro, cogían por su cuenta al transeunte y le daban la bromita toda la tarde, llevándose la alhaja.

Pero los tomadores fueron habidos.

Digan VV. ahora que la autoridad no vigila.

Antes de dar con los delincuentes, los vigilantes, que vestían de paisano y no dejaban adivinar á primera vista su doble personalidad, iban sonsacando máscaras con maña y cautela. Cuando veían un grupo, se dirigían á él y comenzaban á hablar de los placeres del día. Las máscaras entonces abrían su pecho como si fueran codornices sencillas presas en estrecho lazo, y de deducción en deducción la autoridad logró apoderarse de los tomadores.

He aquí cómo pasó la cosa:

—Hombre—dijo un vigilante,—¡qué bonita careta lleva usted!

—Es favor que V. le hace—contestó el *caco* con la mayor finura.

—Parece que se divierten VV.—añadió el otro vigilante.

—Una cosita regular.

—Hombre—dijo el de la policía con tranquilidad mal disimulada.—¿Cómo me cargan á mí los vigilantes!... ¿Verdad V.?

—Son unos *méndigos*—replicó uno de los tomadores.

La autoridad tuvo que hacer un supremo esfuerzo para no dar rienda suelta á su indignación. Después, con el convencimiento en el alma, se decidió á seguir á las máscaras.

—Es necesario esperar—dijo un polizonte.

—Esperemos que ejerzan su criminal industria—añadió el otro.

En la calle de Alcalá, uno de los tomadores, que vestía un airoso traje, hecho con estera usada, introdujo su mano aleye en el bolsillo de un caballero.

—¡Alto!—gritaron los de policía; y cogieron al tomador por la levita de cordelillo.

—Somos máscaras de buena fe—decían los criminales.

—A la prevención—gritaba la autoridad con acento decoroso.

—Pero, hombre—exclamó un tomador,—¡también es fuerte cosa que no han de dejar VV. que un joven se disfrace en estos días!...

Entre los detenidos había varias mujeres.

—¿Qué hacían VV. en compañía de estos sujetos?—se les preguntó.

—Pues, nada—contestó una de ellas.—Yo vengo á ser, como quien dice, la esposa del *Chato* y le fui á acompañar á la oficina.

—¿A la oficina?

—Claro. ¿No *trabaja* en la calle? Pues bien, él tiene la oficina en la vía pública.

* * *

En la Puerta del Sol, ya entrada la noche, la pareja detuvo á un caballero que se retiraba á su casa.

—Eh! máscara—le dijo uno de los guardias.—Después de las ocho no se permite llevar puesta la careta. Qúitela V.

—Míreme V. bien—contestó el interpelado, colocándose debajo de un farol.

Los guardias se descubrieron respetuosamente...

Era Moyano.

* * *

Tras el placer llegó la vigilia y casi todo el orbe católico comió de viernes.

La humanidad, amante de la Iglesia, no quiso mezclar; en primer lugar porque está prohibido y después porque sale caro.

—¿Has comido carne?—le pregunté á un escritor que tiene estrechísima la conciencia y me debe además dos pesetas.

—¿Carne?—me contestó sorprendido.—Yo obedezco fielmente las leyes santas. Ya sabes que mi situación es muy crítica; pero preferiría no comer antes de introducir en mi estómago un grano de carne.

—¿Pues qué has comido entonces?

—Entre mi mujer y yo nos comimos un besugo, bordado en cañamazo, que había hecho mi suegra cuando era pequeña.

* * *

Hasta ayer no me había enterado de que soy también hombre importante, en esto de las letras.

Ya somos una porción.

La verdad es que á mí no me importa, por lo que se refiere á los gastos de mi familia; pero siempre gusta saber que tiene uno criterio. ¡Cuánto tiempo he estado yo respetando á las inteligencias superiores y admirando á los que en los estrenos fruncen el ceño y retiran la mirada del escenario haciendo un gesto desdenoso!

Si yo hubiera sabido entonces que soy tan *sér superior* como cualquiera, maldito si me pongo á respetar á nadie ni á oír en los pasillos opiniones autorizadas.

Ayer asistí á la lectura del tercer acto de *Las vengadoras*, en clase de hombre ilustrado, y bien sabe Dios que desempeñé mi papel con el mismo acierto que si me hubiera pasado la vida oyendo dramas y comiendo empaquetados.

La obra está gallardamente escrita, resplandece en ella el genio de Sellés, y hay caracteres acabados y frases hechas de mano maestra.

Pero yo estaba inmóvil, como se debe estar en estos casos; con la mano en la frente, el codo apoyado en la mesa y las piernas en cruz. De cuando en cuando exclamaba en voz baja, y dando á mi acento cierta expresión de profunda inteligencia:

—Bien.

Al terminar la lectura me preguntó uno de los oyentes si me había gustado el acto. Yo busqué una frase sonora, y dije:

—Tiene mucho color.—Y no dije que tenía *color de humanidad*, porque eso ya lo ha dicho todo el mundo.

Conste que desde ayer estoy á disposición de los autores para oír sus dramas, y que tengo tanta inteligencia como la mayor parte de los literatos que se dedican á oyentes.

Lo que no tengo es seguridad de que las obras se aplaudan, aun después de habérselas oído á los autores; pero me consuelo al saber que á los demás oyentes les pasa lo mismo.

Entre los que asistimos ayer á la lectura, había uno que no era literato.

—¿Sabe V. una cosa?—me dijo al salir.

—¿Qué?

—Que en mi pueblo á las *vengadoras* se las llama de otra manera.

LUIS TABOADA.

LAPSUS

Una vez tuve un flemon, del cual no me olvidaré mientras exista, porque me dió la gran desazón.

¡Qué noche tan inclemente! Con nada hallaba consuelo. No puse el grito en el cielo por no alarmar á la gente.

Nada calmaba el dolor, que era atroz, fenomenal. Me puse creosota, mal; me puse menta, peor.

Paséme la noche en vela y cuando hubo amanecido fui á la calle decidido á hacerme sacar la muela.

Hallé á don Nepomuceno que, tendiéndome la mano, me dijo alegre y ufano:

—Me alegro de verlo bueno.

Al pronto no me fijé; pero al preguntarle yo:

—¿Cómo va?—me contestó:

—Pues *no tan bien como usted*.

—Pues estará usted muy malo,

porque yo llevo un dolor

que al enemigo mayor

que tenga no lo regalo.

Y él, sin ver mi situación

dándome más sinsabores

me dijo:—Para dolores

los que tuve yo en Gijón.—

Entre la rabia y la risa

le dije:—Dispense usted,

otro día lo sabré,

porque hoy tengo mucha prisa.—

Al cabo tuvo piedad,

y al separarnos los dos

me dijo:—Pues, vaya, adiós,

y que *no haya novedad*.—

Yo, por no andar en razones en situación tan violenta, no quise pedirle cuenta de sus malas intenciones.

Llegué á casa del Galeno, y al darle la explicación del origen del flemon, replicaba á todo:—Bueno.

—Tengo un dolor infernal.

—Bueno.—Pocos hay que estén tan doloridos.—Muy bien.

—Rabio.—Bien.—No señor, mal!

Sacó la muela dañada

y le dije:—¡Le costó

trabajo! Él dijo:—¡No,

qué! *¡si esto no vale nada!*

—Gracias: ¡sacarme de apuros

no vale nada? Corriente.

—No, no; eso ya es diferente...—

y me sacó cinco duros.

Le di el dinero y después

yo me marché muy contento.

Él fué hasta el recibimiento

á despedirme cortés,

y me dijo:—Nada valgo,

mas tendré mucho placer

en que me manda y poder

ser á *usted útil en algo*.

—Hombre, estimaría más,

aunque poco atento fuera

en usted, que no quisiera

volver á verme jamás.

.....

Va tengo tranquilidad,

pues el dolor se me fué,

y ahora viene bien lo de

que *no tenga novedad*.

JOSÉ ESTREMEIRA.

PENITENCIA

—¡Silencio en el corral!

Graciosas mozuetas,

simpáticas rubias,

ardientes morenas,

ligeras, alegres,

volubles, o. quietas...

¡silencio y oído!

que os habla una vieja

que envuelve su estampa

escuálida y seca

en tocas de luto

raídas y luengas.

Quitad esas flores

de vuestras cabezas;

romped esas cintas

que en lazos se aprietan;

no más abalorios,

cinillos, preseas,

ni medias caladas

ni encajes ni sedas.

Cubrid esos brazos,

soltad esas trenzas

y abajo el afeite

que en todas enseña

de besos lascivos

las húmedas huellas.

Allá van rosarios,

estampas y velas;

¡resad, infelices!
pedid que no vuelvan
los días malditos
de bulla y de fiesta.
—¡Al diablo la brujal!
—¡Que calle la abuela!
—Las flores me adorman.
—Me muero por ellas.
—¿Qué dice?

—¿Qué quiere?

—¡Que escape!

—¡Que muera!

—Calmaos, loquillas,

dejad á la vieja

y haced lo que os dice...

—¡Jamás!

—¡No!

—Pues sea;

seguid del infierno

llamando á la puerta.

Empeño tan firme

de hijo que os pesa.

¡Si vierais qué hermosas

están las doncellas

vestidas de luto

sencillas, modestas

de dulces miradas

humbildes y tiernas,

y cómo seducen,

y cómo interesan,

y cómo á los hombres
fascinan y ciegan
las niñas bonitas
que pasan las cuentas
y en santas lecturas
el alma recrean!
¡Si vierais qué lindas
parecen! ¡qué bellas!
¿Quién es el que necio
no busque y no quiera
mujer pudorosa
que llora y que reza?
¡A qué predicaros!
¡seguid otra senda!

—Jamás.

—Yo no quiero.

—Bien dijo la abuela.

—Deshojo mis flores.

—Destino mis trenzas.

—¡Rosarios!

—¡Estampas!

—¡El manto!

—¡La vela!

—¡Corramos al templo!

—¡Bendita cuaresma!

.....

(Estilo corriente

De hacer penitencia.)

SINESIO DELGADO.

VISTAS

Una de las cosas que más me han llamado la atención en este mundo es el extraordinario uso que se hace de los anteojos.

A mí que no me digan: O la Providencia es sabia y previosa ó no lo es.

Si lo es, todos los que usan anteojos la ponen en ridículo; si no lo es, me extraña que no se hagan protestas formales contra ella.

Para mí no hay duda de que tenemos los ojos apropiados á los objetos, y que los objetos son apropiados á los ojos.

Si la Providencia se hubiera propuesto que no viéramos las cosas, ¿no sería una irreverencia de nuestra parte pretender verlas?

Esa es la razón fundada que existe á mi modo de ver contra los que usan microscopios para ver lo invisible.

Esos señores se meten en camisa de once varas.

Y ello es que los anteojos se han generalizado hasta el punto de dar origen á varias industrias.

Cada día aumentan las tiendas de ópticos, y dentro de poco habrá tantos ópticos como taberneros.

¿En qué consiste esto? Hay que decirlo con franqueza, si no se ofenden aquellos de mis lectores que usen vidrieras.

Todo ello consiste en la vanidad.

Hemos dado en creer que el estudio consume ó desgasta la facultad de ver, y eso no es cierto.

Cuando venimos al mundo traemos los ojos arreglados para toda la vida; aunque toda ella la pasemos leyendo, los ojos duran mientras dura la necesidad de usarlos, como duran las piernas, por mucho que se ande, y como duran las manos, por mucho que se usen.

Si nuestros órganos se desgastaran con el uso, un hombre de esos que comen con apetito, necesitaría una garganta nueva cada año; los pianistas tendrían que comprar los dedos por mayor, y los que se resirían con facilidad, necesitarían todos los inviernos comprar ropa interior y narices nuevas.

Repito, pues, que todo ello no es más que vanidad.

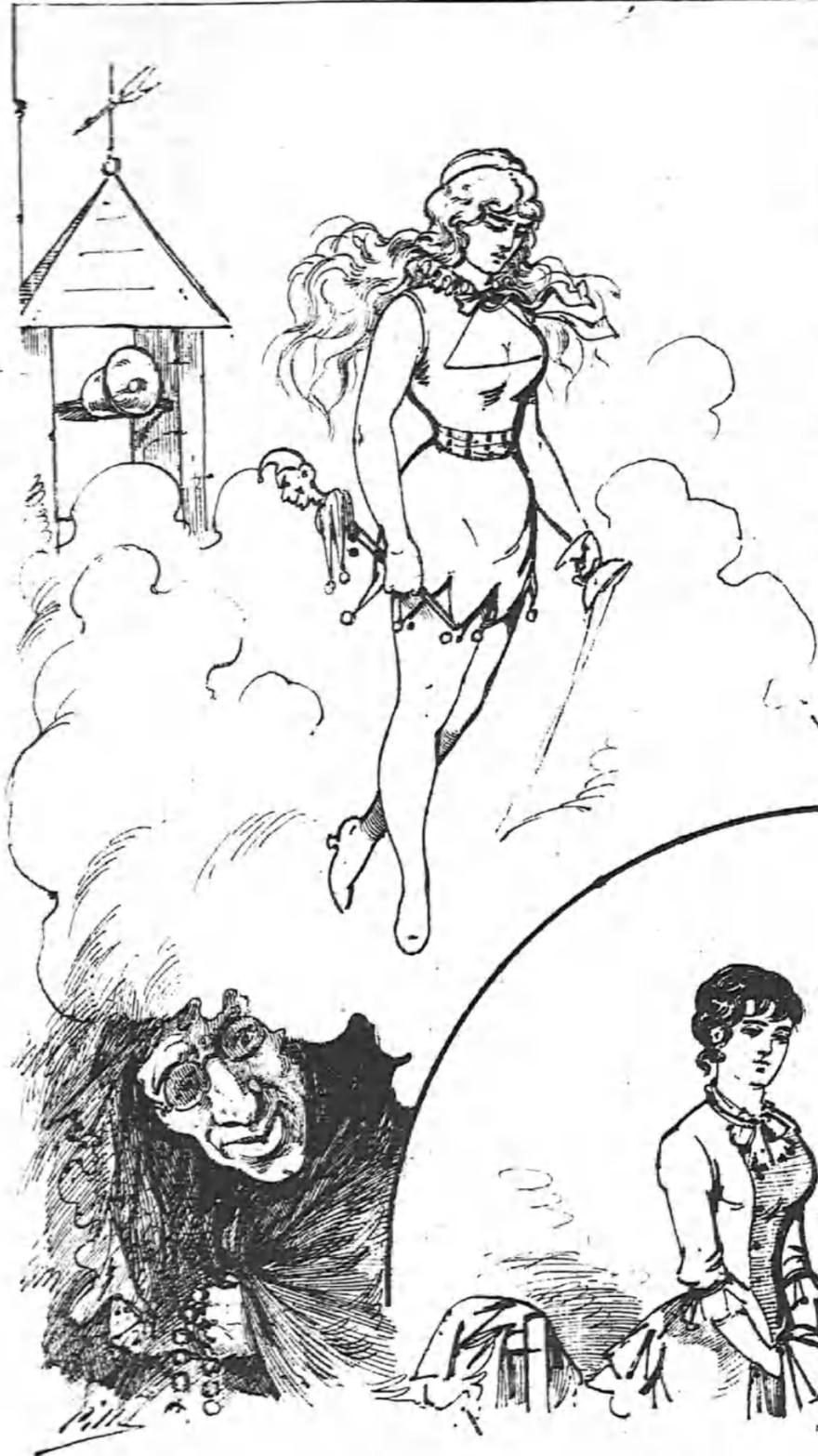
Hemos convenido en que los sabios pierden la vista á fuerza de estudiar, y para darnos aires de sabios á poca costa, hemos dado en usar anteojos, lo cual nos hace Menéndez-Pelayos, sin necesidad de pasar el tiempo metidos en las bibliotecas.

Esta idea ha adquirido en mí arraigo por medio de la experiencia.

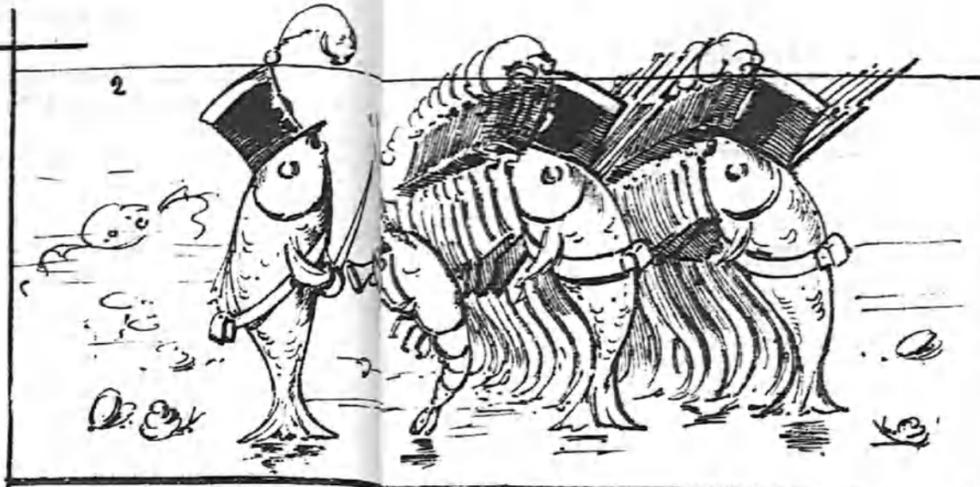
Hagan VV. las observaciones que yo he hecho y se convencerán de ello.

Yo me he probado los anteojos de la mayor parte de mis amigos que los usan, y veo bien con ellos.

LA MUERTE DEL CARNAVAL



1.—Al son de la campana plañidera
se larga el Carnaval.
¡No pasaran diez años sin que márche
para no volver más!



2.—¡Para los hijos de las olas
horrible día llega ya!
¡Empuñad el fusil, besuguitos,
y sepamos morir ó matar!

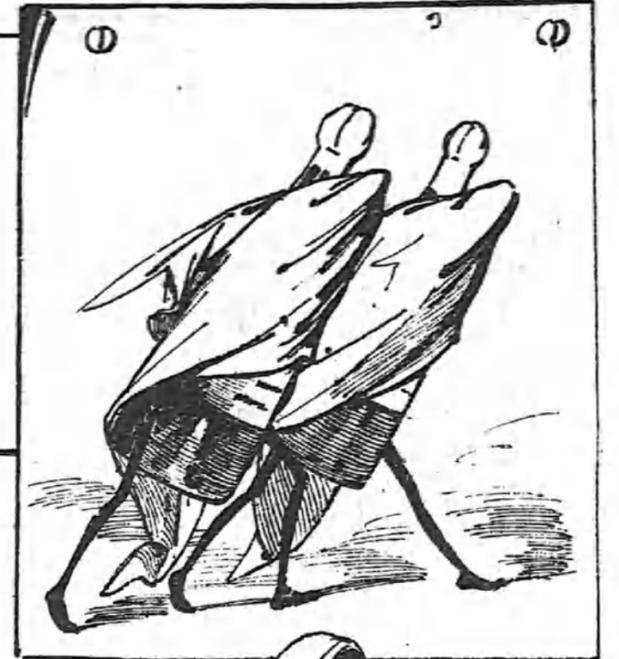


3.—¡Fugate, demue!



4.—A coser, pues Dios lo quiso;
¡no hay bailes!

—¡Cómo ha de ser!
Tienes razón. Ya es preciso
trabajar para comer!



5.—Va á probar á ese pobre gomoso
ese chulo que espera con calma,
que en Cuaresma es asaz peligroso
el tercer enemigo del alma.

Es decir, que yo podría cómodamente usar anteojos si mi vanidad llegara hasta ese punto.

Y demuestra también que la mayor parte de las gentes que yo conozco con uso de anteojos, podrían prescindir de ellos, sin perder nada.

Comparemos también los tiempos modernos con los antiguos, y observaremos que los anteojos han venido con la moda, con las melenas de los románticos y con la tisis pulmonar, cosas todas ellas ignoradas antiguamente.

¿Ustedes han oído decir que usaran anteojos Moisés, Temístocles, el gran Alejandro, David, César Augusto ni ninguno, en fin, de los grandes hombres que antiguamente se usaban?

Me dirán que los usó D. Francisco Quevedo y Villegas; ¿y quién me dice que el bueno de D. Francisco no quiso demostrarnos que los hombres son monos de imitación?

Bien lo prueba que detrás de Quevedo se han echado á usar antiparras todos los que quieren darla de buenos hablitas y de inspirados poetas.

Hay gentes que no se quitan los anteojos nunca, y sin embargo, para ver necesitan asomarse por encima de ellos; es decir, que llevan los anteojos como otros llevan hábito por promesa hecha durante una enfermedad.

Hay otros que viven constantemente tras de cristales, y para leer *La Correspondencia*, que es el periódico peor impreso y más incomprensible, se los quitan.

He conocido á un señor que usaba dos pares de gafas, unas sobre otras. ¡Cuánto me devané los sesos para averiguar qué clase de vista tenía aquel caballero que tal combinación de vidrios necesitaba! Pues averigüé que unas gafas eran *positivas* y otras *negativas*, y que juntas producían la vista natural.

Un amigo mío lleva hace años gafas con un cristal solo. El otro le perdió una noche en un baile de la Zarzuela, y no se ha ocupado de sustituirle; pero me ha confesado que *le es igual*.

No hace mucho salió la moda de llevar anteojos ahumados, ó azules, ó verdes; pero cayó pronto, porque con ellos parecían los hombres una raza nueva descendiente del loro.

Hoy los conservan, sin embargo, algunas personas, con especialidad los conspiradores, los polizontes y los que huyen del casero.

Pero lo que llevo más á mal es que las mujeres vayan dando también en la flor de usar antiparras.

¿No es una verdadera trasgresión de las leyes de la naturaleza que la mujer se ponga cristales delante de los ojos que Dios les dió para inflamar corazones?

Una mujer vieja, al fin y al cabo puede usarlos sin desdoro, considerando los anteojos como una especie de retiro de las vanidades y pompas mundanas.

Pero en una mujer joven no me lo explico.

Yo tuve una novia—¡qué tiempos aquellos!—que usaba gafas.

Estuve si me caso ó no me caso. Al fin triunfó mi raciocinio y me despedí cortesmente.

Las gafas fueron la causa de nuestra separación.

Consideré que tendría que llevar á mi mujer á pasear colgada del brazo, según es uso y costumbre, y caí en la cuenta de que ofrecería el espectáculo que ofrecen otros maridos.

Cuando yo veo á un hombre que da el brazo á una mujer que usa antiparras se me ocurre pensar:

—¡Ese caballero ha sacado á paseo á su escribano!

MANUEL MATOSÉS.

CLARITO

Ayer, en la misma acera, nos hallamos frente á frente al pasar por la Carrera; tú, con majestad severa, yo con aire indiferente.

Yo iba solo, tú del brazo de un señor voluminoso que me dobló de un codazo; pero, chica, ¡qué pedazo de megaterio es tu esposo!

¡Ese hombre no tiene igual! ¿Quién, dime, te dejó marido tan colosal,

más gordo que Lustedó y más alto que Vitali!

Son sus pies dos pedestales, que ocuparán en la vía lo menos diez estadales... Pues ¿y sus manos? ¡Iguales que muestras de guantería!

Aunque me llames injusto y me pongas ceño adusto, á fe de Enrique Segovia, has echado muy mal gusto desde que no eres mi novia.

Me dirás, y con razón, que no tengo su volumen... Verdad que él es un Sansón; pero, niña, que me explamen si me explico tu elección.

Vas á hacerte distinguir entre las más valerosas, pues te atreves á dormir con un monstruo... ¡pero hay cosas que no se pueden decir!

Eres digna de escarmiento, por preferir ese bestia á mí, que soy un portento de distinción, de talento y de gracia ¡y de modestia!

¿Qué has podido ver en él para preferirle á mí, desdafiándome cruel? ¡Y yo, necio, te creí una paloma sin hiel!

Según dicen en la villa, no aprendió ni á tres tirones las letras de la cartilla, y yo hago cada quintilla que parte los corazones.

Sin duda, ese majadero heredó á algún tío indiano, y el dinero es lo primero. ¡Maldito sea el dinero... que no pasa por mi mano!

Ya lo veo; el vil metal me desbanca y me destrona, que en el mundo material, una buena pelucona es el mejor madrigal.

¿Qué murmura usted, lector? ¿Que usted qué tiene que ver conmigo, ni con mi amor, ni con el otro señor, ni con aquella mujer?

Dice usted perfectamente; pero hágase usted la cuenta, de qué á imprimir solamente lo que es digno de la gente... *requiescat in pace*, imprenta.

Si sólo han de merecer de la imprenta los honores los escritos de valer, ¡buen negocio van á hacer los amigos impresores!

Los sabios de otras edades, como los de nuestros días, han disuelto sus verdades entré muchas necesidades y no pocas tonterías.

Ni todos los hombres son de la madera de Esquilo, de Sócrates ó Platón, tres genios por el estilo de Huelin, sin *Cronición*.

Si se fuera á eliminar, en justicia, lo que sobra, ¡cuánto habría que borrar! ¡Cabría la mejor obra en un papel de fumar!

El litigio, á mi entender, se resuelve sin reñir, bastando con oponer el derecho á no leer al derecho de escribir.

E. SEGOVIA ROCABERTI.

REQUIESCAT IN PACE

(EN LA BODA DE MI AMIGO ANTONIO RUBIO.)

De prisa y mal prevenido yo no acierto á dar plumada, mas según tengo entendido, comer y no decir nada es ser desagracedido.

Triste epigrafe he buscado para mi brindis, es cierto, pero al trance es adecuado: ¡El amigo Rubio ha muerto!... Quiero decir, se ha casado.

Asusta mi afirmación, y la novia seductora me mira con aflicción. No se asuste usted, señora, que ahí va la demostración.

El casarse es suicidarse; por más que su calma alfere, no hay duda: para casarse lo primero es *confesarse*... Lo mismo que él que se muere.

Es obligación precisa de todo fiel contrayente. Confesión clara y concisa y detrás de ella *la misa*, casi de cuerpo presente.

La analogía que advierto queda demostrada ya. Pues si lo que digo es cierto ninguno me negará que el pobre Rubio se ha muerto.

Esclavo de su mujer cambia de modo de ser y á otra vida se derrumba. Ha muerto, ¡pero qué tumba tan hermosa va á tener!

Tumba de marfil y grana que un amor puro y sagrado en su seno esconde ufana. ¡Solo al verla le da gana de morirle al más pintado!

Rubio ha muerto en este día para el placer de la orgía y la libertad sin tasa; para ese fuego que abraza el corazón en un día.

Murió para esa locura que nuestro daño asegura, pero nace á no dudar para la dulce ventura que da el calor del hogar.

¡Para esa vida preciosa, de la virtud fiel emblema; para esa esposa adorada, fuente de amor, luz sagrada que inunda el alma y no quema.

Brindo con gozo profundo del amigo á la memoria que en alas de amor fecundo hoy se separa del mundo y se refugia en la gloria.

Brindo por la blanca estrella que dió á un alma dulce puerto; que la esperanza destella y con su mirada bella va á resucitar á un muerto.

Brindo, en fin, por su alegría, por su gracia y por su lechizo. V... basta de poesía: ¡Señores, hasta el bautizo no digo esta boca es mía!

JOSÉ JACKSON VETÁN.

ESPECTÁCULOS

Además de ese conjunto de soporíferas sandeces que se llama *La pata de cabra*, donde nada hay notable más que una Fuensanta y una bailarina rubia que parten los corazones, reclaman mi atención tres estrenos:

Juan y Pedro, en Lara, bonito juguete de Estremera, bien hecho, bien interpretado y aplaudido con justicia; *Curry el Esquilador*, parodia de *San Franco de Sena*, que ha obtenido un gran éxito en Variedades, y que hubiera dado grandes resultados si la empresa hubiera tenido el buen acierto de estrenarla a tiempo, y por último, *La prima donna*, en dos actos, también en Variedades, que mereció asimismo excelente acogida.

Pero han de perdonarme los autores de las obras estrenadas; dispongo de poco espacio y he de tratar otros asuntos que no puedo pasar en silencio.

No sé si VV. se habrán enterado de que el Teatro Español andaba mal, tan mal que parecía imposible el empeoramiento.

Pues aquello era tortas y pan pintado.

Ahora resulta que ya no forman parte de la compañía la Calderón, la Zapatero y Maza. Es decir, que con esta nueva deserción, á todas luces importante, quedan actuando en el primer coliseo de la nación, amparo y sostén de nuestros blasones artísticos, algunos actores ¡de Esclava! con la Cirera y Mariano Fernández, que ya no es gracioso ni cosa parecida.

Háganse VV. ahora todas las reflexiones tristes que les vengan á las mientes y todavía no se habrán hecho bastantes.

Yo no me atrevo á culpar á nadie de esté desbarajuste, que está pidiendo á voces la clausura del teatro; es más, creo firmemente que Ducacal hace todo cuanto puede por que el azucarillo no se le deshaga entre las manos; pero todo es inútil.

En las actuales circunstancias no hay otro remedio que cruzarse de brazos y esperar mejores tiempos, ó sea la venida del Mesías en figura de Rafael Calvo.

Vale esto más que morir ignominiosamente con *La pata de cabra*.

Y ¿qué me cuentan VV. de la Zarzuela?

El que más y el que menos habíamos predicho repetidas veces la vuelta de los bufos con todas sus saludables consecuencias; pero pocos se la habían imaginado tan pronto.

Pues ahí están los carteles de la anunciadora con letras como puños.

Vienen Orejón y Escriú al frente de un ejército brillante de suripantas, con un repertorio compuesto de *La bella Elena*, *El joven Telémaco*, *Los dioses del Olimpo*, et sic de ceteris.

¡Buena lección para los cándidos que creyeron bajo su palabra al gran Arderins en sus propósitos de la cunmienda y deseos vehementes de regenerar el arte!

¿Volverá el público á sancionar con su presencia y sus aplausos tan lamentable decadencia? Vamos á verlo. Bueno es advertir que el monstruo de las mil cabezas es absolutamente incomprensible, y todo puede y debe esperarse de sus veleidades y caprichos.

Trasladémonos á Lara.

La tacita de plata de la calle de la Corredera, que merece sin duda la predilección que el público le manifiesta, acaba de sufrir un desperfecto de consideración difícil de reparar. Zamacoís, el mejor de nuestros actores cómicos, ha abandonado la palestra de sus triunfos; Valero desertó hace tiempo, la Abril trabaja de uvas á peras y hasta creo haber oído ó leído en alguna parte que ha dejado ó dejará de formar parte de la compañía.

¿Pasa algo?

Dios me libre de meterme en interioridades de bambalina que no entiende el mismísimo diablo; pero á fe de espectador imparcial juro que sentiría en el alma cualquier percance del mejor de nuestros teatros de hora.

Para concluir, Martín se defiende á duras penas, y hay quien le augura una muerte próxima é inevitable.

¿Lo ven VV.? ¡Otra lástima!

¡Y ahora observo que hoy ha sido día de palos!

VV. dispensen.

LUIS MIRANDA BORGE.

¡A VIVIR!

No sé cómo hay quien se muera ni quien se deje morir; lean la plana tercera ó la cuarta de cualquiera periódico, y á vivir.

Allí encuentran los dolores las medicinas mejores que la ciencia ha descubierto, que son capaces, señores, de resucitar á un muerto.

Quien trate de despertar su apetito, y reparar las fuerzas y la salud, no hay nada como tomar *Vino con quina de Aroul*.

Para gata, hidropesía, bronquitis, disenteria, la tisis ó fiebre lenta, tome usted *la Revivente de Du Barry y Compañía*.

Si alguno de sus parientes padece de intermitentes peritánicas y traviestas, suelen ser muy convenientes *las píldoras juveniles*.

El que corre algún albur y le coge en viento *Sue* que pone un riesgo su vida, aquél se cura en seguida con el *Rob Lefecteur* (1).

Si sufre usted un tormento con las muelas, y no vive por sus dolores sin cuento, cajúguese usted al momento con *licor del Poli, Oriva*.

El que atacado se ve de jaqueca ó otro mal de la infancia en general, puede tomar el *Café Nervino Medicinal*.

Si molesta la lombra solitaria, y con ríta desea verse feliz,

se cura usted de raíz con *glóbulos Serra In*.

Contra la tos y otros males que pudieran ser fatales para cualquiera persona, *los pastillos pulmonales de Andreu, de Barcelona*.

El que se encuentre algo viejo, y quiera que en su pellejo no se le marque una arruga, que tome ya le aconsejo *Acidú de anti de Paga*.

Si se halla usted desahuciado, apesar de haber tomado todo cuanto aquí ha leído, váyase usted sin cuidado á ver al *doctor Gorrido*.

Y si después de su trato quiere usted que yo le trate, tengo un remedio barato... cómase usted un buen plato de *chuletas con tomate*.

JOAQUÍN DEL BARCO.



Influencia de la moda.

El otro día entró una dama en el taller de un marinolista á encargarse una lápida para el nicho de su esposo.

—¿Cómo le quiere V.?—preguntó al artífice.

—Como V. quiera. Hágalo como se lleva este año.



Y á ver si hay quien dice todavía que la Sociedad de Escritores y Artistas no sirve para nada.

El baile de máscaras del Real ha producido, limpias de polvo y paja, diez mil quinientas pesetas.

Pero, caballeros, ¿por qué escriben VV.?

Aquí no hay más que un arte que produzca dinero.

El coreográfico.



Una dama aristocrática sorprende á su doncella, que padece de la boca, limpiándose los dientes con el cepillo de su ama.

—¿Cómo! ¿Se sirve V. de mis cepillos?

—Señorita, yo no tengo aprensión de V.



Un cochero que guía una victoria de alquiler está muy constipado. Se presenta al dueño de los carruajes y le dice:

—Ya ve V., señor, estoy constipadísimo. Deme V. á guiar un coche cerrado, porque si no esto va á ser cuento de nunca acabar.



—¡Come ese pan!—decía un padre á su hijo.—Mañana puedes verte pobre y no hallarás esos pedazos que ahora desprecias.

—Pero, papá, ¡yo creo que menos los hallaré si me los como!



En Tarragona están locos de alegría por... ¡ya lo deben ustedes suponer! porque les van á hacer una plaza de toros. ¡Pobrecitos!



—¡Guarda! ¿Del Conde de C. es esta monte?

—Sí tal.

Pero no sé pasa.

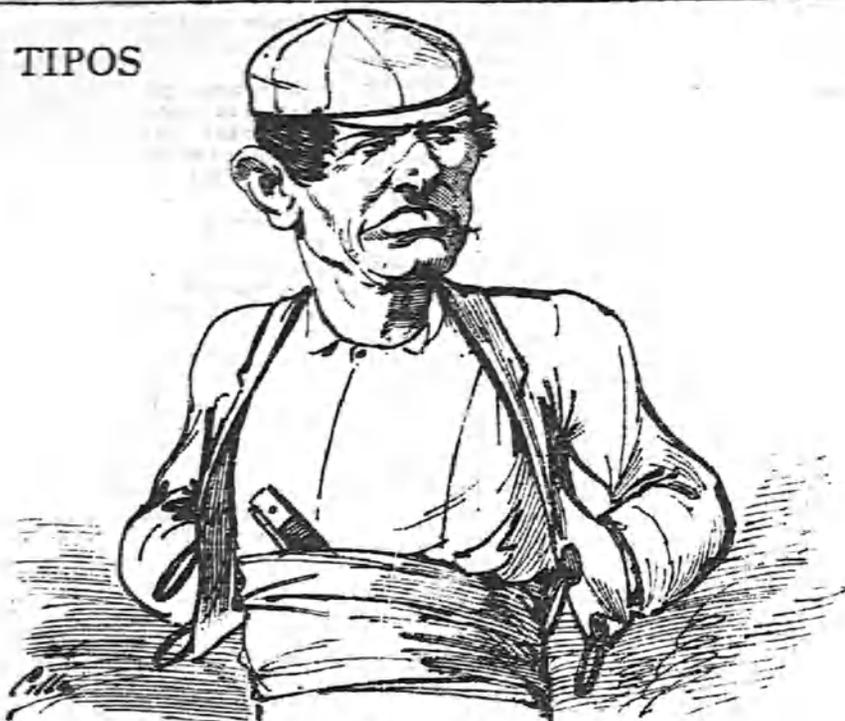
—¿Qué?

¡Traigo permiso verbal!

—Pues enséñemelo usted.

(1) En español.

TIPOS



Tiene una facha endiablada,
pero es todo un *cabayero*...
(que atiza una puñalada
al mismísimo lucero).

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos

CONTIENE ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS MEJORES LITERATOS
y viñetas y caricaturas debidas al lápiz de CILLA

Redacción y Administración: CERVANTES, 2. Segundo.—Madrid.

DESPACHO TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A DOS

Precios de suscripción

MADRID	Ptas. Cs.	PROVINCIAS	Ptas. Cs.
Trimestre.....	2,50	Semestre.....	4,50
Semestre.....	4,50	Año.....	8
Año.....	8	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	
		AÑO.....	16

PRECIOS DE VENTA

	Ptas. Cs.
Un número.....	15
Idem id. atrasado.....	50
Veinticinco números.....	2,50
Doce idem.....	1,25

Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes y en provincias no se admiten por menos de seis meses.

No se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo; en este último caso certificando la carta.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

COMPANÍA COLONIAL

FUNDADORA EN ESPAÑA DE LA FABRICACIÓN DE CHOCOLATES A VAPOR

Proveedora efectiva de la Real Casa

22 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

ÚNICA CASA EN SU RAMO

PREMIADA

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS

CON DOS MEDALLAS

**CHOCOLATES
GRAN MEDALLA DE ORO
SOPAS COLONIALES**

MEDALLA DE BRONCE

ACREDITADOS CAFÉS

LOS ÚNICOS PREMIADOS

EN LAS GRANDES EXPOSICIONES DE VIENA Y FILADELPHIA

GRAN SURTIDO DE TES SELECTOS

PASTILLAS NAPOLITANAS Y BOMBONES DE CHOCOLATE
DULCES Y CAJAS FINAS DE PARÍS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8

MADRID

AL CAPUCHO

ARTÍCULOS PARA NIÑOS.

Trajes de pantalón, desde 30 rs.
Idem á la marinera, de pantalón largo.
Corbatas, camisas, cuellos, bastones, etc.

Pelígron, seguina á la Aduana.

GRANDES ALMACENES

DE
SANTA CRUZ.

Encajes, sederías, lanerías.
Confecciones. Ropa blanca.

Plaza de Santa Cruz núm. 1, y
Bolea, núm. 16.